

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO :

	Página
¿Nació Jesús de una Virgen?.....	1
Bosquejos del Antiguo Testamento.....	14
¿Protestantes en Roma?.....	26
Catolicismo y Catolicismos.....	31
Sabía Vd.?.....	13 y 37
Bosquejos para Sermones.....	40
El Observador.....	45
Bibliografía.....	48

Publicado por la Junta Misionera de la Iglesia Evangélica Luterana Argentina

car con los persas, tribu hermana de los medos, que se enseñorearon de la extensa Media, y lograron la caída del reino semítico, al caer Babilonia en 538 a. C. Eran conocidas por el nombre de medos por sus hermanos de raza europea, los griegos, que a la vez les quitaron la supremacía mundial (la caída de Persia, 331 a. C.). Los descendientes de Gomer son los nórdicos del norte de Europa, los cuales han producido la historia del mundo occidental desde el fin del mundo antiguo.

(El autor de los siguientes dos artículos, Dr. José Míguez Bonino, Rector de la Facultad Evangélica de Buenos Aires y miembro de la Iglesia Metodista, fue "observador oficial" en el Concilio Vaticano cuya primera fase de sesiones terminó el diciembre pasado, y delegado de varias iglesias protestantes de América Latina. Sin identificarnos con todas las "observaciones" del autor que gentilmente puso a disposición de esta Revista sus artículos, los publicamos gustosamente siendo convencidos que van a despertar mucho interés entre nuestros lectores).

F. L.

¿PROTESTANTES EN ROMA?

El jueves 11 de octubre, hacia las 10 de la mañana, la Iglesia Católica Romana iniciaba en la Basílica de San Pedro, en Roma, la asamblea más numerosa y representativa de su historia. Una multitud se agolpaba en la plaza, afuera, mientras más de 4.000 personas se iban ordenando dentro de la nave de la iglesia. El grueso de este número lo constituían, por supuesto, cerca de 3.000 obispos de todos los continentes —quienes constituyen, en verdad, el Concilio. Además, una cincuentena de teólogos y asesores, el cuerpo de estenógrafos y unos pocos funcionarios más.

Había, sin embargo, otro grupo. Sentado en un lugar privilegiado, en primera fila, bajo el palco de los representantes de los diversos países, en un lugar desde el cual podían seguir con todo cuidado el desarrollo de la ceremonia, sin llamar mayormente la atención, se hallaba ese grupo. Tal vez lo más curioso era que lo formaban, en buena parte, gente con ropa común de calle —en medio de la vestimenta de gala de los prelados. Es el

grupo conocido aquí como los "observadores", unos treinta y tantos delegados de varias iglesias no católico-romanas, enviados por sus iglesias para "observar" el desarrollo del Concilio, e informar del mismo a sus respectivas iglesias. Están así representadas la Iglesia Ortodoxa (algunos de sus patriarcados), la Federación Luterana Mundial, la Iglesia Anglicana, la Alianza Reformada, la Convención de la Iglesia Congregacionista, el Concilio Mundial Metodista —en cuya delegación se encuentra quien escribe estas líneas— y algunos otros cuerpos confesionales.

El evangélico, particularmente el evangélico latinoamericano, no podrá menos que preguntarse: ¿qué significa esta presencia de protestantes en Roma? y se lo preguntará no sin cierto recelo y preocupación. Tiene derecho de hacerlo. Y tiene derecho de demandar una respuesta. Este breve artículo —y otros que seguirán si la paciencia del director de la revista lo tolera— tratan de responder a esa respuesta. Por supuesto, esta es simplemente *mi* respuesta (perdóneseme que hable ahora personalmente, que me permita conversar con el lector y no comprometa a la Iglesia Metodista ni a ninguna otra.

Lo que un "observador" no es y no hace. El observador no es, hablando exactamente, un "representante". Es decir, no tiene ninguna autoridad para hablar en nombre de su iglesia, ni para presentar la posición de su iglesia. En nuestro caso —la Iglesia Metodista— sólo la Conferencia General podría hacer tal cosa. Menos aún es el observador un "negociador" de la iglesia que lo envió. No tiene instrucciones de pedir nada, ni de ofrecer nada, ni de tratar nada.

Esto tiene que ser así por dos razones. La primera es que el Concilio es un Concilio de la Iglesia Católica Romana, que trata de las cuestiones internas de esa comunidad religiosa, de su organización, de sus doctrinas, de sus prácticas y de su actitud frente a las otras comunidades religiosas y frente al mundo. Nadie podría tener derecho de participar —como es lógico— sino los miembros de esa comunidad. La segunda razón es que ninguna de las iglesias que envía observadores —al menos la nuestra— ha hecho la menor gestión, ni ha considerado en ninguna manera, ni ha sido invitada, a entrar en ninguna clase de negociaciones ni de tratativas.

Lo que un "observador" es y hace. La respuesta más simple es una perogrullada: el observador *observa*. Pero precisamente esa es la respuesta. ¿Qué significa observar? Primeramente, *escuchar*. Durante dos meses, hemos pasado todas las mañanas sentados en un palco dentro de la Basílica, escuchando un promedio de 15 a 20 personas por mañana —cardenales, patriarcas, obispos; blancos, amarillos, negros; orientales, occidentales; europeos, africanos, asiáticos, latinoamericanos, norteamericanos; conservadores y progresistas; ancianos y jóvenes. Los hemos escuchado hablar —en latín más o menos inteligible según el caso— de la liturgia de la Iglesia Católica Romana, del uso de las lenguas del pueblo, de la predicación, de la Biblia, de la tradición, de la Iglesia, del lugar del laico, de los medios modernos de comunicación —radio, televisión, cine— y de muchas otras cosas. Hasta el final del Concilio, escucharemos sobre el lugar de los obispos, la libertad religiosa, la ley moral, etc. Cargo en mi maletín unas 200 páginas de notas: ¿Cuántas más habrá hasta el final?

Observar significa también *"preguntar"*. ¿Qué significa lo que escuchamos cada mañana? ¿Por qué un grupo de obispos sostiene una posición y otros otra? ¿Qué opinan unos de la marcha de la discusión? ¿Qué consecuencias puede tener la adopción de la lectura en el idioma del pueblo de la Biblia? ¿Por qué se opone otro a dar mayor autonomía a los obispos en sus regiones? A lo largo de estos meses cada uno de los observadores ha tenido oportunidad de hablar con docenas y aun centenares de obispos de todas partes del mundo, y hacer estas preguntas. También hay otras preguntas, que no tienen que ver directamente con el Concilio, pero que nos ayudan a "observar". ¿Cuál es la situación religiosa en general, y de la Iglesia Católica en particular en su región? ¿Cuál es la relación de Catolicismo y Protestantismo en ella? ¿Qué piensa Ud. . . . ?

Observar significa, finalmente, *pensar y hacer un juicio*. El observador no es una película cinematográfica o un grabador a cinta, que sólo reciben y repiten. Parte de su función es reflexionar sobre lo que ha oído y visto y llegar a conclusiones (provisorias, por supuesto, porque el observador debe mantener la mente abierta, dispuesto a seguir viendo y escuchando). ¿Cuál es el estado de la Iglesia Católica Romana tal como lo ve en el

Concilio? ¿Qué tendencias descubre allí? ¿Cuál es la orientación y el propósito de esas tendencias —en cuanto puede percibirlo? ¿Qué tendencias le parecen ser más fuertes? ¿Qué es posible esperar de la predominancia de esta o aquella tendencia o grupo? Y la pregunta que seguramente es más importante: ¿qué debe pensar y qué actitud debe asumir el evangélico —y la Iglesia Evangélica— frente a todo esto? Esta es, simplemente, la función del observador.

¿Por qué observadores? alguno puede aun hacerse la pregunta. ¿Es necesario hacer esto? ¿Es conveniente? ¿No puede inducir a errores o malentendidos? Comencemos por la última pregunta. Hay evangélicos que piensan que la presencia de "observadores" protestantes puede crear un malentendido: que se piense que el Protestantismo está contemplando la posibilidad de acercarse a Roma, o que al menos está en esa dirección y que eventualmente puede llegar a una unidad con Roma. Por el otro lado, hay católicos (y no poco importantes) que también temen que la presencia de protestantes en el Concilio dé lugar a malentendidos: que se crea que la Iglesia Católica está cediendo en sus posiciones, que está comprometiendo sus doctrinas y que ya no se considera la "única" Iglesia. Cada uno trata de evitar los malentendidos. La Iglesia Católica lo hace señalando —como lo hizo el Papa en su discurso de apertura del Concilio— que la iglesia mantiene siempre la misma doctrina, aunque puedan cambiar sus formas de expresión (ya veremos otra vez algo más a este respecto). Los protestantes tratamos de evitar el malentendido dejando clara la función de los observadores... escribiendo artículos como éste —que ojalá sirvan para algo.

¿Es conveniente? En el seno del Catolicismo tienen lugar, desde hace unos cincuenta años en algunos lugares, y hace muy pocos años en otros, un movimiento de "renovación" del cual seguramente todos hemos visto algunas señales. En los últimos años hemos visto circular más Biblias católicas, hemos visto catecismos distintos, hemos escuchado "predicar", hemos visto iglesias más sencillas, hemos tenido noticias de iniciativas sociales de la Iglesia Católica Romana. Todas estas señales muestran que hay fuerzas profundas que se están moviendo dentro de esa iglesia. Todavía no sabemos hacia donde van y qué sen-

tido tienen. Precisamente por eso, la oportunidad de "observar" era única y no debía ser dejada de lado. Nos guste o no, vivimos católicos y evangélicos lado a lado, en los mismos pueblos, en el mismo barrio. Debemos, al menos, saber qué es lo que piensa, cómo vive, qué dirección lleva. Para eso no basta leer algunos libros de hace medio siglo. Hoy estamos viendo la representación de la totalidad del Catolicismo. Creo que eso es conveniente para nosotros.

Pero la cuestión es más seria. Aquí hay un grupo de personas, que forma una sociedad llamada "Iglesia Católica Romana" que sostiene que cree en Jesucristo, que sus enseñanzas se basan en las Sagradas Escrituras, que predica el Evangelio y que enseña la verdad. Muchas de estas afirmaciones a nosotros nos parecen dudosas —los vemos creer además en María y los santos, basarse en la tradición, celebrar la misa, sostener la infalibilidad del papa. Evidentemente, nos parece que hay una contradicción entre lo que ellos dicen creer y sostener y lo que a nosotros nos parece verle creer y sostener. ¿Cuál es la actitud "evangélica", la actitud de Cristo, frente a ese problema? ¿Volverles las espaldas? ¿Limitarnos a condenarlos? ¿No será más bien escuchar lo que dicen, acercarnos a ellos con amor y con firmeza y dar testimonio de nuestra fe evangélica? Esta ha sido, desde el comienzo, la actitud de la verdadera fe protestante: dar testimonio de la verdad, y darlo —ay, no siempre lo hemos hecho en amor.

Sin duda alguien dirá: ¡nosotros no hemos sido tratados con mucho amor! (Las culpas, sin duda, están más repartidas de lo que a menudo creemos). Pero no es esa la cuestión. Los evangélicos no debemos guiarnos por consideraciones de conveniencia, de política eclesiástica o secular, de influencia. Los evangélicos somos guiados por la Palabra de Dios —y esa Palabra no sólo nos dice cuál es nuestra fe sino también cómo debemos dar testimonio de esa fe: "siguiendo la verdad en amor" (Efesios 4:15) porque el amor es el fin de toda la ley. Cuando un hermano, por quien Jesucristo murió, me llama para tratar de mostrarme cómo entiende él su fe— por más equivocado que lo crea, mi función no es de volverle la espalda (¿no vendré a ser yo culpable de su condenación?), ni señalando con un dedo acusador como si fuera su juez ("para su Señor está en pie

o cae". Rom. 14:4). Mi función es sentarme a su lado, escucharle e invitarle a escuchar juntos y obedecer la Palabra del Señor. Porque esa es nuestra función no podemos rechazar la invitación que hemos recibido.

En una carta que alguna vez espero tengamos totalmente en castellano, Juan Wesley, escribe a un Católico Romano. Comienza recordándole cuánto "odio, recelo, animosidad" hay entre unos y otros, y se pregunta: "Manteniendo cada uno sus opiniones, ¿nada puede hacerse para remediar esto?". Continúa exponiendo la fe evangélica; un solo Dios en tres personas, Jesucristo, su Hijo nuestro salvador, su muerte redentora y su resurrección, la iglesia, la fe, el perdón de los pecados, la santificación, la vida eterna. Y concluye señalando cuatro pasos: "Resolvámonos, pues, en primer lugar, no herirnos unos a otros... en segundo lugar, no decir nada ofensivo unos de los otros; en tercer lugar... no alimentar malos deseos, pensamientos o planes contra el otro... en cuarto lugar, ayudarnos unos a otros en lo que estamos de acuerdo que conduce al Reino." *Buena voluntad, firme testimonio de la verdad evangélica, amor fraternal en Jesucristo*: me atrevo a pensar que este programa de Wesley tiene sentido todavía. Por eso es necesario que los evangélicos estemos hoy en Roma.

Desde Roma (II)

CATOLICISMO Y CATOLICISMOS

En un artículo anterior mencionamos el formidable número de obispos que constituyen el *Concilio Vaticano II*. Puede resultarnos interesante saber que unos seicientos corresponden a América Latina que ocupa así —siguiendo a Europa y América del Norte— el tercer puesto en cuanto al número de su representación. La importancia de una representación tan numerosa es fácilmente comprensible.

Pero a quienes "observamos" el Concilio nos resultó más interesante ver distintas posiciones, tendencias, puntos de vista de los varios sectores del Concilio. Estamos acostumbrados a pensar en la Iglesia Católica Romana como un "bloc" monolí-